

LITERATURA Y EDUCACIÓN ENTRE LOS NAHUAS: Aproximaciones al libro VI de fray Bernardino de Sahagún

César Valencia Solanilla

Profesor Universidad Tecnológica de Pereira

Resumen

En este texto se hace una reflexión, desde la perspectiva del ensayo literario e histórico, del Libro VI de la Historia general de las cosas de la Nueva España, de fray Bernardino de Sahagún, para destacar los principios pedagógicos que regían la vida cotidiana de los pueblos nahuas y su relación con la producción artística verbal.

Palabras clave:

Exhortaciones, creación verbal, equilibrio, dioses.

Abstrac

In this text, a reflection is made from the literary and historical essay perspective, about the book VI of the General history of the things of the New Spain, written by Bernardino de Sahagun, to highlight the pedagogical principles which ruled the every day life of nahua peoples and their relations with verbal and artistic production.

Key words:

Exhortations, verbal creation, equilibrium, gods.

Literatura y educación

La relación entre literatura y educación adquiere unos matices sugestivos cuando se aborda el estudio de las culturas precolombinas, ya que las creaciones verbales de cualquier índole—poesía épica, lírica, dramática—estaban íntimamente ligadas al propósito cultural de guardar la memoria colectiva y servir como instrumento para mantener el equilibrio, es decir, para conservar las instituciones y la unidad social, política y religiosa. El texto poético exaltaba la relación entre el hombre, los dioses y la naturaleza, pero sobre todo enseñaba a la comunidad la norma y la experiencia intelectual consagrada en la tradición, ya que este era el principio básico para la coherencia y la marcha armónica del mundo. El propósito central consistía en capacitar al hombre en cuanto a su formación personal, y hacerle conocer el legado cultural para su incorporación en el contexto social.

En los pueblos mesoamericanos prehispánicos ese propósito central representaba un prurito ético y moral que debía ser cumplido por toda la colectividad, a partir del núcleo familiar de lo que se llamaba la "familia extendida" pero se centraba principalmente en varias instituciones sociales que desempeñaban la labor de escuelas de formación para adolescentes y jóvenes, en donde se les preparaba para la vida en comunidad. Se denominaron "casas de jóvenes" entre los mayas⁽¹⁾ y *telpochcalli* y *calmécac* entre los aztecas⁽²⁾, y allí eran llevados los niños y jóvenes de todas las condiciones sociales para complementar la enseñanza empírica familiar. En estas escuelas ingresaban hombres y mujeres muy jóvenes y su función educativa era fundamental en la sociedad azteca: los *telpochcalli* impartían instrucción en el arte de la guerra y atendían a los jóvenes que se formaban principalmente en el arte de la guerra; los *calmécac* eran unas escuelas de tipo superior en donde se enseñaba en el arte del bien hablar, las artes del canto, la música y la poesía, la astrología, la interpretación de los sueños y la cuenta de los años y allí se educaban en especial los nobles y futuros sacerdotes. Lo más sorprendente, como lo sostiene Jacques Soustelle era su carácter obligatorio y la ausencia de discriminación clasista que por entonces ejercían los aztecas, al menos en lo que a la educación se refiere:

Es admirable que en esa época y en ese continente un pueblo indígena de América haya practicado la educación obligatoria para todos y que no hubiera un solo niño mexicano del siglo XVI, cualquiera que fuese su origen social, que estuviera privado de escuela⁽³⁾

El Libro VI de Sahagún

Dentro de las variadas fuentes primarias y secundarias que existen para el estudio de la cultura azteca⁽⁴⁾, merece una atención particular la monumental obra de fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de la Nueva España*,⁽⁵⁾ en especial el Libro VI, ya que allí se encuentran reunidos los principales preceptos éticos y morales que fueron celosamente guardados por la memoria colectiva y utilizados

como *Tlacahuapahualiztli* o "arte de criar y educar a los hombres"⁽⁶⁾. Pero el interés por este libro VI de Sahagún no radica únicamente en su extraordinario valor histórico e historiográfico, sino porque allí se pueden señalar también valores estéticos notables, a pesar de las limitaciones —en lo que respecta a la pureza o autenticidad en los procedimientos estilísticos y la acumulación metafórica— que pudo tener el clérigo español en la traducción al español y que han sido señaladas por Angel María Garibay⁽⁷⁾. De esta forma, se procura relacionar el discurso literario y el educativo o pedagógico como una simbiosis que sirve para guardar la tradición pero también para nombrarla poéticamente.

Lo que más resalta entre los pueblos nahuas es ese doble propósito en el arte de educar: formar al ser humano como individualidad y prepararlo para que pueda integrarse eficazmente a los objetivos generales y supremos de la comunidad. Es el hogar el núcleo primero y principal en donde se ponen en práctica estos propósitos, que las instituciones educativas —el *telpochcalli* y el *calmécac*— se encargarán de reforzar. Miguel León Portilla hace al respecto estas precisiones:

Son, pues, dos principios fundamentales los que guían la educación náhuatl impartida ya desde el hogar: el del autocontrol por medio de una serie de privaciones a que debe acostumbrarse el niño y el del conocimiento de sí mismo y de lo que debe llegar a ser, inculcado a base de repetidas exhortaciones paternas⁽⁸⁾.

En este artículo se van a analizar en detalle los aspectos concernientes a la educación en el hogar y en la vida cotidiana de la familia, ya que en una reflexión anterior se hizo un extenso estudio sobre las instituciones educativas principales de los pueblos mesoamericanos⁽⁹⁾. Así mismo, porque cuando Sahagún recoge lo concerniente a las enseñanzas en el mundo familiar y en la cotidianidad, el nivel expresivo poético alcanza una significación que merece destacarse desde la perspectiva del arte literario antiguo que desarrollaron los pueblos nahuas.

En los numerosos ejemplos que vamos a utilizar en este trabajo, se puede verificar esa constante que pretende inculcar como deberes irrenunciables en los seres el autocontrol, la fortaleza y la templanza en la esfera de lo individual, al considerarse aspectos esenciales para el mantenimiento del equilibrio del orden social y político, y explicables por la profunda religiosidad que inspiró siempre a la cultura azteca.

Las exhortaciones: poesía de la cotidianidad

En las exhortaciones de los señores a su pueblo y de los padres a los hijos que contiene in extenso el Libro VI de Sahagún, la palabra del hombre o la mujer mayor está cargada de respeto por los antepasados, el reconocimiento e invocación a los dioses y la significación poética por la forma en que se elaboran esos enunciados éticos y morales que a manera de discursos se transmite a los jóvenes.

Como se trata de destacar el valor cultural y la expresividad poética de estas exhortaciones, se tomarán los textos a partir del capítulo XIV y hasta XLIII, pues los primeros trece capítulos se refieren principalmente a los rituales religiosos y la pluralidad de deidades del panteón azteca, que Sahagún pretende mimetizar un poco al referirlas como expresión de un solo dios, poderoso y omnipotente. Actitud por demás comprensible en un sacerdote que a pesar de su gran respeto por el mundo maravilloso que pudo compilar mediante la palabra escrita como un auténtico etnólogo e historiógrafo en el siglo XVI y que le ilustraba una cultura con una base religiosa politeísta, nunca abandonó sus creencias católicas: por el contrario, siempre calificó los rituales sagrados como cosas del demonio, idolatrías y supersticiones.

De los señores a su pueblo

En los capítulos XIV, XV y XVI, el discurso de los señores puede entenderse como radical admonición para inculcar al pueblo la prohibición por el consumo de bebidas embriagantes, el *octli*, que se consideraba como el principio de casi todos los males:

... es como un torbellino que todo lo revuelve y desbarata; es como una tempestad infernal, que trae consigo todos los males juntos. (p. 332)

... También es causa el *octli* o *pulcre* de la soberbia y altivez, y tenerse en mucho, diciendo que es de alto linaje, y menosprecia a todos, y a ninguno estima ni tiene en nada, y causa enemistades y odios. (Idem.)

Esa "tempestad infernal" a la que lleva la bebida es una clara alusión a los padecimientos que los relatos míticos refieren al inframundo, por lo que el hombre debe apartarse de esa tentación, que lo corrompe, le crea odios y enemistades, haciéndole perder el autocontrol y la templanza y por lo tanto incurrir en la soberbia y la altivez. El borracho representaba para los aztecas un ser despreciable, la borrachera es la "raíz y principio de todo mal y toda perdición" y de allí se derivaban los peores daños para la convivencia social, desde una perspectiva que destaca la austeridad como uno de los principios fundamentales. El texto abunda en esa enunciación de esos males sociales que es preciso evitar para mantener el equilibrio social y religioso: adulterios, estupro, corrupción de vírgenes, violencia, hurtos, robos, latrocinios, maldiciones, murmuraciones, detracciones, vocerías, riñas y gritas son consecuencia directa del consumo del *octli*, razón por la cual los seres humanos, desde muy pequeños, deben seguir los sabios consejos de sus mayores, evitándolo.

La embriaguez y el trastorno de los sentidos eran prohibidos por leyes sagradas y por las normas sociales desde tiempos muy antiguos de los antepasados toltecas, porque cuentan los relatos míticos que el mismo dios Quetzalcóatl en una ocasión se emborrachó, olvidó los ritos sagrados —el baño purificador en el río, la punzación del miembro viril para dar vida a los hombres—, y fue tal la tristeza que lo invadió por su falta que abandonó su pueblo y sintió que nunca más podría recuperar plenamente su vida:

Y cuando hubieron bebido, ya nada dijeron: Somos gente de abstinencia.
 ¡Ya no bajaron jamás al baño ritual en el río; ya no se punzaron con
 espinas; ya nada hicieron cuando despunta la aurora!

Y cuando amaneció el nuevo día, se sintieron llenos de amargura, se
 sintió amargado su corazón. Decía entonces Quetzalcóatl: ¡Ay desdicha-
 do de mí!

Y dominado por la tristeza en el interior hizo este canto y lo dijo al salir:

...

¡Afán y dolor son mi herencia!

Nunca, ya, inunca recobraré mi vida!⁽¹⁰⁾

Para contrarrestar las consecuencias nocivas del consumo de licor, la tradición propo-
 ne el ejercicio, la abstinencia, el arte de la guerra, la templanza, el corazón abierto a la
 oración. En un mundo en el que hasta los actos más cotidianos estaban mediatizados
 por la ritualidad de lo sagrado y se buscaba la perfección espiritual en la esfera de lo
 humano como una de las mayores aspiraciones de los seres individuales, los jóvenes
 eran inducidos desde muy tierna edad a buscar la trascendencia en el aquí y el ahora
 de la vida:

Lo que habéis de desear y buscar son los lugares para la guerra señalados,
 que se llaman *Teuatempam*, *Tlachinoltempam*, donde andan y viven y
 nacen los padres y madres del sol, que se llama *tlacatéatl* (y) *tlacochcácatl*,
 que tienen cargo dar de beber y comer al sol y a la tierra, con la sangre y
 carne de sus enemigos (p. 334)

Estos preceptos éticos y morales que en el texto de Sahagún aparecen en un discurso
 que un señor dice por primera vez a su pueblo, con el propósito de inculcar los peli-
 gros de la embriaguez, el culto a los dioses y la sacralidad de la guerra, están provistas
 de una especial expresividad poética, poniendo por encima de la individualidad los
 propósitos fundamentales de la vida colectiva. El arte de la guerra es un espacio de
 proximidad a la trascendencia individual, ya que morir en batalla o caer prisionero
 para luego ser sacrificado a los dioses, es ingresar a una especie de antesala a la
 inmortalidad, en forma de númen y convertirse en númen es un regalo de los dioses.
 En una perfecta circularidad se manifiesta el mito del sacrificio humano que fue un
 ritual tan complejo y significativo para este pueblo: el sacrificado ingresa al espacio
 sagrado de los dioses, donde viven el padre y la madre del sol, quienes a su vez
 alimentan a los dioses insaciables de la sangre y carne humana, con la sangre de los
 enemigos.

Los jóvenes deben seguir el ejemplo de los hombres de la guerra que murieron en
 batalla o como prisioneros de guerra pues ellos han accedido a un mundo de riquezas
 y felicidad, la casa del misterio después de la muerte, la casa del sol, la génesis de lo
 existente:

... seguid a los valientes hombres que murieron en la guerra, que están ya holgándose y deleitándose, y poseyendo muchas riquezas, que chupan la suavidad de las flores del cielo y sirven y regocijan al señor sol, que se llaman *Tiacauh, quauhtleuánitl, in yaomicaui*.

...

... ¡Bienaventurados son aquellos mancebos de los cuales se dice, y hay fama (que) ya han cautivado algunos en guerra, o por ventura (que) fueron cautivos de sus enemigos y asumidos a la casa del sol! (p. 336)

En la expresión, que chupan la suavidad de las flores del cielo y sirven y regocijan al señor sol, parece condensarse esa aspiración espiritual última de fusión del hombre con la naturaleza en forma de pájaro que extrae el néctar de la vida en el mundo de arriba (cielo), donde habitan las deidades perceptibles por los sentidos, entre otras el dios sol, fuente de luz y alegría del mundo.

Se aprecia entonces la funcionalidad de la antigua palabra poética que repite la norma para mantener el equilibrio en lo sagrado —la plenitud existencial de los seres que mueren en la guerra combatiendo o en el sacrificio ritual— pero también el equilibrio en la realidad histórica, en la medida en que aquel que se embriaga no es útil para nada, se convierte en un ser despreciable que contradice los propósitos de la convivencia social:

Y por si por ventura estás sucio o manchado, y tus costumbres son malas, porque te emborrachas, y andas como loco, y bebes y comes lo que no te conviene, no eres para regir, ni convienes para los estrados, ni para el señorío; y si por ventura eres carnal y sucio y dado a cosas de lujuria, no eres tú para el palacio, ni para entre los señores; y si por ventura eres inclinado a hurtar y tomar lo ajeno, y hurtas y robas, no eres para ningún oficio bueno (p. 337)

De los padres a sus hijos

A partir del capítulo XVII las exhortaciones tienen por objeto lo que podemos llamar la educación que imparten los padres a sus hijos. Repiten básicamente los mismos principios que se han venido aludiendo respecto de los señores a su pueblo: la formación del ser individual y su incorporación a la vida colectiva, mediante la observación rigurosa de la normatividad social que exalta el culto a los dioses, la preparación para la guerra y el sacrificio, como también los peligros de la embriaguez, la lujuria, el hurto, la mentira y demás actos que atentan contra la vida comunitaria. Pero son mucho más sugestivos desde el punto de vista literario, en la medida en que amplían el campo de la exhortación a otros actos de la cotidianidad y la individualidad —el respeto, el sexo, la lujuria, la fidelidad, la obediencia, la templanza, la austeridad, etc.— y lo hacen con una carga emotiva muy especial, que ilustra el sentido de la estima y el amor que los padres expresaban a sus hijos.

Algunos fragmentos del Libro VI de Sahagún, como también una selección de los *Huehuetlatolli* o "Pláticas de los ancianos" que pertenecen a los Manuscritos de la Biblioteca del Congreso de Washington, atribuidos a Olmos, hacen parte de los llamados "Discursos educativos" que fueron recogidos por Angel María Garibay⁽¹¹⁾. Representan tal vez el más significativo ejemplo de la conjunción entre literatura y educación para los nahuas, por cuanto la palabra poética que exalta con bellas imágenes y metáforas el legado de los antepasados, las enseñanzas de los mayores y de los sabios dichas en lenguaje tierno y sereno, se pone al servicio de la formación de los niños y los jóvenes, en busca de la armonía del ser consigo mismo y de éste con la comunidad.

En el capítulo XVII nombrado por Sahagún como "Del razonamiento, lleno de muy buena doctrina en lo moral, que el señor hacía a sus hijos cuando ya habían llegado a los años de discreción", al tiempo que recuerda –como en casi todas las exhortaciones– el culto y la oración a los dioses, señala una serie de normas claves para los jóvenes que luego ingresarían al *calmécac*, que era la institución para formar los sacerdotes, pintores y escritores de los códices o libros pintados:

Quiéroos decir lo que habéis de hacer; oídlo y notadlo: tened cuidado del areito, y del atabal, y de las sonajas y de cantar.

...

y procurad de saber algún oficio honroso, como es el de hacer obras de pluma y otros oficios mecánicos, también porque estas cosas son de ganar de comer en tiempo de necesidad, mayormente que tengáis cuidado de las cosas de la agricultura porque estas cosas la tierra las cría, no demandan que las den de comer o beber, que la tierra tiene cuidado en criarlas. (p. 344)

Estas palabras corroboran el sentido amplio, es decir, no exclusivamente clasista que el *calmécac* tenía para los aztecas, por cuanto insta a los jóvenes a aprender no sólo el arte del sacerdocio mediante los rituales de la fiesta religiosa –el areito, los atabales, la sonaja- y la plumería, sino también el cultivo de la tierra, pues ésta proporciona las cosas necesarias para la subsistencia. El discurso, además, utiliza una espléndida metáfora para referir el placer que para el hombre representan las cosas que la naturaleza produce, ya que éste, "regocija y mata" la sed de los niños:

Mirad hijos que tengáis cuidado de sembrar los maizales y de plantar magueyes y tunas, y frutales porque según lo que dijeron los viejos, la fruta es regocijo de los niños, regocija y mata la sed de los niños. (p. 334)

Los capítulos XVIII y XIX recopilan, con un lenguaje deslumbrante y lleno de ternura lo que los padres recomendaban a sus hijas, también al llegar a la edad de la discreción, es decir, cuando ya se están terminando los años de la infancia y la inocencia y están preparadas para tener hijos. La exhortación se dirige a exaltar la disciplina, la honesti-

dad, el recato y el rechazo a la lujuria, mostrando los oficios cotidianos que la familia y la sociedad les encomendaba, como la oración, el culto a los dioses, el mantenimiento de la casa. Por más que los preceptos que se van a enunciar sean severos, la mujer arranca al padre frases dulces, recordándole su fragilidad y su belleza; utilizando el recurso de la comparación con las piedras preciosas, que fue de preferencia en las creaciones verbales nahuas, este hombre mayor que debe inculcar a su hija los preceptos morales para su vida en comunidad, expresa:

... eres doncellita, eres preciosa como el *chalchihuite* y como un zafiro, y fuistes labrada y esculpida de noble sangre, de generosos parientes (p. 346)

En la preparación para la vida, la joven debía honrar a los padres y respetar la tradición observando cuidadosamente la disciplina en los oficios materiales, llegar virgen al matrimonio y tener mucho cuidado en escoger al hombre que sería su esposo, aunque en verdad los padres intervenían de manera importante en esta decisión, como puede apreciarse en la parte final del Libro XVI. El llamado del padre a su hija, a pesar de las frases amables del comienzo, es directo y en cierta medida amenazador:

... mira que no te des al deleite carnal; mira que no te arrojes sobre el estiércol y hediondez de la lujuria; y si has de venir a esto, más valdría que te murieras luego.. (p. 348)

La lujuria era asociada a la expresión abierta de la sexualidad, que transgredía el principio de la fortaleza y el control de sí mismo. Por ello es asimilada al estiércol y la hediondez, en la medida en que aparta a los hombres y mujeres del ascetismo religioso que tan cuidadosamente supieron los aztecas imprimir a su cultura, para consolidar el legado de sus antepasados toltecas. El goce y el disfrute de los sentidos no incluía la sensualidad y el erotismo, aunque existen poemas dramáticos notables que pueden ser la excepción, como el *Canto de las mujeres de Chalco*, y más bien las creaciones líricas exaltaban la fugacidad de la vida, la perdurabilidad del instante y la amistad⁽¹²⁾.

Esta recusación de los deleites carnales y el sensualismo se extiende por igual a los hombres y mujeres, porque se trata de una sociedad ascética sin distinción de género muy evidente respecto de la sexualidad, al menos en el núcleo familiar, aunque por otra parte existía la costumbre de dar como regalo a los jóvenes triunfantes de la guerra, "mujeres alegradoras" o prostitutas para el disfrute sensual⁽¹³⁾. En el capítulo XXI, en el que un señor principal trata de persuadir a su hijo sobre lo indispensable de la castidad, se insiste en el carácter "pecaminoso", sucio, innoble, despreciable, de la lujuria:

Nota pues ahora, amado hijo, si dios te diere vida en este mundo, la manera que has de vivir en él; mira que te apartes de los deleites carnales

y en ninguna manera lo desees; guárdate de todas las cosas sucias que ensucian a los hombres, no solamente en las ánimas, pero también en los cuerpos, causando enfermedades y muertes corporales.(p. 357)

Este estigma del disfrute sensual eleva, por tanto, a la castidad y la austeridad mundana a un supremo nivel que los jóvenes deben alcanzar, para poder llegar a la perfección mediante la reciedumbre y la renuncia a la sexualidad antes del matrimonio. Inclusive, durante el matrimonio debe seguirse esta voluntad de cuidado con la intimidad erótica, para agradar a los dioses y no poner en peligro el equilibrio de las instituciones.

... aunque tengas apetito de mujer resístete, resiste a tu corazón hasta que ya seas hombre perfecto y recio; mira que el maguey si lo abren de pequeño para quitarle la miel, ni tiene sustancia ni da miel, sino piérdese; antes que abran al maguey para sacarle la miel lo dejan crecer y venir a su perfección, y entonces se saca la miel. (p. 358)

La comparación con la planta del maguey es magistral para los fines moralistas que se persiguen en la exhortación, revelando de manera enfática los principios y las creencias en las que se educaba a los jóvenes respecto de la intimidad, en una sociedad que, como hemos repetido, buscaba la perfección espiritual y material del ser humano en el control de sí mismo. La templanza es un bien supremo que todos deben lograr, pues el goce de los sentidos conduce al despilfarro existencial y representa peligros que deben evitarse para la armonía no sólo de la sociedad, sino de la pareja. El hombre que agota sus energías en el deleite carnal se vuelve "descolorido y desanimado", de modo que ni siquiera en el matrimonio debe darse al disfrute con su mujer, porque se echa a perder como hombre:

No te des demasiado a ella porque te echarás a perder, aunque es así que es tu mujer y es tu cuerpo; conviéntete tener templanza en usar de ella, bien así como el manjar, que es menester tomarlo con templanza; quiero decir, que no seas destemplado para con tu mujer sino que tengas templanza en el acto carnal; mira que no sigas al deleite carnal porque pensarás que te deleitas en lo que haces, y que no hay otro mal en ello, pero sábetete que te matas y te haces gran daño en frecuentar aquella obra carnal.(p. 358)

Estas exhortaciones son concurrentes con las referidas a la fidelidad y el matrimonio: la austeridad y el ascetismo serían el fundamento para la vida en pareja, que debía fundar una familia, tener hijos y desempeñar los oficios propios de su condición social y de su género: en particular los hombres, educándose en los *telpochcalli* y los *calmécac*, y las mujeres en el mantenimiento de la casa y el cuidado de los hijos, aunque ya advertimos que las mujeres también acudían al *calmécac*. Por esta razón, todo lo que atentara contra el equilibrio de la unidad familiar era duramente castigado, como la

infidelidad y el adulterio, ya que la violación de esta norma ocasionaba la muerte del transgresor. El padre tierno para quien su hija es una doncellita como una piedra preciosa, le recuerda:

Mira hija que no te juntes con otro, sino con sólo aquél que te demandó; persevera con él hasta que muera: no le dejes aunque él te quiera dejar, aunque sea probrecito labrador, u oficial, o algún hombre de bajo linaje (p. 348)

También las madres intervenían con sus sentencias admonitorias, para refrendar los consejos de los hombres, ya que estas enseñanzas de los mayores debían guardarlas las adolescentes en su corazón, "como cosa preciosa". Si bien sus palabras no tenían la severidad o la grandilocuencia del padre, sí estaban dirigidas a aspectos importantes de la cotidianidad femenina en su relación con los hombres y con el medio social. La madre recomienda a la hija cosas elementales, en las que se repiten, con variantes, los enunciados a los que nos hemos venido refiriendo respecto a la educación de los jóvenes en la esfera de lo individual: que sus vestidos sean honestos sin adornos "porque esto significa fantasía y poco y locura"; que no deben ser sucios, "porque estos atavíos son señal de gente vil y de quien se hace burla"; que al andar por la calle la mujer debe mantener la discreción, la seriedad y la sencillez, la mirada serena, el semblante austero; evitar los afeites y la coquetería:

Mira también, hija mía, que nunca te acontezca afeitarse la cara o poner colores en ella, o en la boca, por parecer bien, porque esto es señal de mujeres mundanas y carnales (...) que andan como locas y borrachas; estas se llaman ramerías (p. 350)

Al volver sobre las palabras del padre respecto de la fidelidad y el matrimonio, la madre enfatiza en el castigo en que incurre la mujer cuando comete adulterio, que era falta muy grave en los pueblos nahuas, porque quien incurría en ella merecía la muerte y el escarnio público:

.. mira que no des tu cuerpo a otro, porque esto, hija mía muy querida y muy amada, es una caída a la sima sin suelo que no tiene remedio, ni jamás se puede sanar, según es estilo del mundo...

si fuere sabido, y si fueres vista en este delito, matarte han, echarte han en una calle para ejemplo de la gente, donde serás por justicia machucada la cabeza y arrastrada (p. 351)

Las alusiones poéticas de este pasaje congregan un profundo sentido del respeto por la tradición y el peligro del castigo para el sujeto infractor, que cae "a la sima sin suelo que no tiene remedio", en la que podemos relacionar la "sima" con el inframundo, el mundo de los dioses de la muerte, de las enfermedades y el sufrimiento. El "estilo del

mundo" es una bella metáfora que alude al mundo histórico en que se unen la tradición y el presente, la eternidad y el instante.

Ese "estilo del mundo" es el que se quiere preservar pues representa el equilibrio contenido en las normas sagradas, en la legislación escrita y en la costumbre. La meta máxima de los seres es hacerse adultos para parecerse a sus padres, pero sobre todo para encarnar la sabiduría y plenitud de los maestros y sacerdotes, que son *tlamatini*, es decir, que pueden ver a través del espejo la claridad de la vida, avizorando el futuro. El padre, como el *tlamatini* también les pone al frente a sus hijos, con todas estas exhortaciones, un gran espejo para que aprendan a conocerse y a hacerse dueños de sí mismos. Miguel León Portilla en su antología de textos mexicanos antiguos, traduce un poema espléndido sobre estos hombres sabios que indagan sobre la verdad profunda de las cosas, las dudas e inquietudes del hombre, es decir, los filósofos como supremos maestros del saber. El sabio es "maestro de la verdad", "hace sabios los rostros ajenos", "es maestro de guías", "pone un espejo delante de los otros, los hace cuerdos, cuidadosos", "aplica su luz sobre el mundo", porque "gracias a él la gente humaniza su querer y recibe estricta enseñanza"⁽¹⁴⁾

El adulto, el viejo, el maestro, es sabio y todos deben aspirar a serlo, para realizar la circularidad de la norma que se inculca desde los primeros resplandores de la vida. El culto a los antepasados tiene esa dialéctica de la circularidad en busca del equilibrio: para que el hombre logre la perfección en lo social, para que aspire a lo máximo en y para la colectividad, debe formarse austeramente en el control de sí mismo, porque no se puede poner en práctica en el mundo de la realidad lo que no es posible realizar en el fuero interno.

Cuando los textos recogidos por Sahagún en el libro VI se refieren a los mayores, a los sabios y maestros, la palabra poética vibra con un encanto maravilloso, porque se quiere revelar la veneración y el respeto por aquellos que mantienen el orden de lo existente; a los jóvenes se les muestra ese espejo, para que ellos puedan algún mirarse en su transparencia y claridad:

Pon los ojos en ellos, mira sus virtudes, mira su fama y el resplandor y claridad que nos dejaron; mira el espejo y dechado que ellos dejaron y ponlo delante de ti, y tenlo delante de tus ojos: mírate en él y verás quién eres; mira que tu vida la hagas semejante a la suya; mira que pongas su vida delante de tus ojos, y luego conocerás las faltas que tienes y las razas⁽¹⁵⁾ y manchas que hay en ti.

En esa búsqueda de la perfección de una sociedad ascética y radicalmente religiosa, se fluctúa entre los extremos más radicales: esta perfección la logra el sabio, que está por encima del bien y del mal de modo tal que su experiencia es el ejemplo a toda prueba que debe seguirse, pues lo ha conseguido todo con el esfuerzo personal, la privación, el respeto de la normatividad social; o bien el niño que muere en la más

tierna edad, quien ni siquiera pudo experimentar los sufrimientos o alegrías de la vida y está destinado a vivir como pájaro en el espacio de sagrado de *Tonacatecutli*. Los niños y niñas que mueren en su inocencia, "reciben grandes mercedes de nuestro señor dios, porque son como piedras preciosas, y porque van puros y limpios a la presencia de dios...."⁽¹⁶⁾

Inocencia y sabiduría, el mundo por descubrir y el mundo descubierto, el adolescente y el viejo, la vida que comienza con los primeros destellos de la mañana y la que se apaga en los tenues resplandores del atardecer, se nos presentan como símbolos en toda su magnificencia en estos textos educativos impregnados de la mejor poesía. Aprender las normas para los nahuas no representaba solamente cargar con el peso de la tradición que era indispensable mantener y reproducir en la cotidianidad, donde hombres y mujeres se formaban buscando llegar a mayores con la pureza y la templanza espiritual "dando sabiduría a los rostros y firmeza a los corazones", sino acercarse y memorizar la bella palabra que la nombra, como si fuera dictada desde tiempos inmemoriales por los mismos dioses. Al fin y al cabo esa era la tarea humana para preservar el equilibrio del cosmos en su breve paso por el mundo, pues a todos les esperaba la región del misterio, la casa del sol.

Notas

- (1) Una amplia descripción sobre estas instituciones entre los mayas puede verse en: THOMPSON, J. Eric. S. **Grandeza y decadencia de los mayas**, Fondo de Cultura Económica, México, 1990, p. 189-195; IZQUIERDO Y DE LA CUEVA, Ana Luisa. **La educación maya en los tiempos prehispánicos**, Instituto de Investigaciones Filológicas, Centro de Estudios Mayas, cuaderno 16, México, 1998.
- (2) Ver: LEON-PORTILLA, Miguel. **La filosofía náhuatl**, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1997; LARROYO, Francisco. **Historia comparada de la educación en México**, Editorial Porrúa, México, 1952; VALENCIA SOLANILLA, César. **Para una arqueología del pensamiento pedagógico en la América prehispánica: las culturas mesoamericanas, en Pensamiento pedagógico latinoamericano. Ponencia e investigaciones 1998-2000**, Rudecolombia, Pereira, p. 41-60.
- (3) Citado por LEON-PORTILLA, Miguel, **La filosofía náhuatl**, Op. Cit., p. 225.
- (4) Una completa recopilación de fuentes primarias y secundarias sobre la cultura mexicana antigua puede consultarse en: LEON-PORTILLA, Miguel. **Antología. De Teotihuacán a los aztecas. Fuentes e interpretaciones históricas**, Lecturas Universitarias, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1995, p. 593-612.
- (5) SAHAGUN, fray Bernardino de. **Historia general de las cosas de Nueva España**, Porrúa, S.A., México. Todas las citas relacionadas con el Libro VI remitirán a esta edición y señalarán el número de página correspondiente, para facilitar la lectura.
- (6) LEON PORTILLA, Miguel. **La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes**, Prólogo de Angel María Garibay K., Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1997, p. 221.
- (7) GARIBAY K., Angel María. En su **Panorama literario de los pueblos nahuas**, Editorial Porrúa, S.A., México 1983, hace una demostración elocuente de las limitaciones que tiene la traducción de Sahagún, confrontando un párrafo de éste con su propia traducción. Para ilustrar el ejemplo, vamos a transcribir los dos textos.

Esta es la traducción de Sahagún:

Los niños que mueren en su tierna edad, que son como unas piedras preciosas; éstos no van a los lugares de espanto del infierno, sino van a la casa del dios que se llama Tonacatecuhtli, que vive en los vergeles que se llaman Tonacacauhtitlan, donde hay todas maneras de árboles y flores y frutos, y andan allí los zinzontes, que son avecitas pequeñas de diversos colores que andan chupando las flores de los árboles.

Y esta la de Garibay:

Los pequeñitos mueren: jades, turquesas, joyas mueren; no van al lugar de los espantos; allí está el aire cortante y helado: sitio de los muertos. Van a la casa del sol, la casa del Señor de nuestra vida: viven junto al Arbol de nuestra vida: chupan miel en las flores del sol: viven en el Arbol de nuestra vida: en él chupan miel.

Se aprecia claramente en la de Sahagún el sometimiento a la sintaxis del español y la voluntad didáctica. En la de Garibay, por el contrario, el ritmo, la musicalidad y la acumulación metafórica del náhuatl original.

- (8) LEON PORTILLA, Miguel. *Op. Cit.*, p. 223.
- (9) Cfr. Nota No. 2.
- (10) GARIBAY K., Angel María. *La literatura de los aztecas*. Editorial Joaquín Mortiz, México, 1979, p. 31.
- (11) GARIBAY K, Angel María. *Ibid.*, p. 107-134.
- (12) Para ampliar estos aspectos pueden verse nuestros artículos: *Reflexiones sobre la poesía lírica náhuatl y Erotismo y poder en el "Canto de las mujeres de Chalco"*, en *La escala invertida. Ensayos sobre literatura y modernidad*, Fondo Mixto de Cultura del Tolima, Gráficas Olímpica, Pereira, 1996.
- (13) Ver CASTRO, Oscar. "El canto de las mujeres de Chalco", o la incesante búsqueda de la poesía, en *Lingüística y literatura*, Universidad de Antioquia, Año 14, No. 23, enero-junio de 1993.
- (14) LEON-PORTILLA, Miguel. *Antología. De Teotihuacán a los aztecas. Fuentes e interpretaciones históricas*, *Op. Cit.*, p. 498-499.
- (15) Defectos, máculas, impurezas. SAHAGÚN, *Op. Cit.*, p. 353.
- (16) Este párrafo antecede a la cita que se hizo sobre la confrontación entre la traducción de Sahagún y Garibay. Cfr. Nota. No. 6.

Palabras claves:

Universidad, lectura, seminario investigativo alemán.

Abstract

Related to its intellectual development, three ages in the humanity are distinguished: the speaking, writing, and reading ones. The last in which the university arises when in the west discontinued and whispered reading is prevailed. On relation to the conception of the university as proper university in the reading age, the german research seminar is vindicated and the permanent education.